

Bukowski en Santiago

2427

Agustín Squella

Nicky Belane es uno de esos típicos detectives privados que aparecen en ciertas novelas negras escritas por norteamericanos. Le sobran algunos kilos, debe varios meses de arriendo, pasa buena parte del día en el hipódromo, tiene ojos tristes, lleva zapatos viejos, y nadie parece estimarlo demasiado. Sin embargo, sabe perfectamente que Céline y Hemingway murieron en 1961 apenas con un día de diferencia y puede tararear "Carmen" mientras aguarda la llegada del ascensor en un edificio de mala muerte. Tiene ya más de 50, no posee siquiera un tío, pero le permite recoger las gotas que se filtran por el techo de su oficina y recuerda a menudo cómo su padre lo amonestaba diciéndole que acabaría sus días en una pensión barata donde nadie se ocuparía de él. Pero lleva los pocos casos que consigue como si se tratara de asuntos de vida o muerte, y responde ante sus clientes con una ética más personal y compleja que la de quien sabe que tiene que hacer bien un trabajo por el cual ha recibido como anticipo un cheque de 200 dólares.

Me topé con Nicky Belane duran-

te el verano pasado al leer "Pulp", la última de las novelas que escribió Charles Bukowski, transformado hoy en alimento indispensable de los jóvenes que aspiran a escribir con algún grado de desenfadado y desencanto.

Justo cuando llevaba esa y otras novelas conmigo, un compañero de colegio me invitó a sentarme a su mesa en un café de Viña del Mar, al mediodía de una de las tantas frías mañanas de febrero que tuvimos este verano en la costa. Inspeccionó las tapas de los libros que yo venía recién de comprar y fijó su atención en la que incluía el nombre de Bukowski. "Es raro", me dijo, "porque vengo de vivir un episodio con ese autor en un paradero de la Gran Avenida". Yo pregunté entonces a qué se refería, y él contó que al salir de madrugada de la casa de un amigo, dos jóvenes, visiblemente perturbados por una noche de excesos, habían emergido desde un sitio erizado y proferido quejas en voz alta por el carácter aburrido y gris que el país tiene en este instante. Pero lo más sorprendente de todo, según el relato de mi compañero, había sido que ambos jóvenes se le acercaron a casi un metro de

distancia, aunque no para agredirlo ni pedirle dinero, sino para recomendarle la lectura de los cuentos y novelas del viejo Bukowski, uno de los pocos inconformistas, según dijeron, que se puede encontrar en las librerías chilenas.

"Oscuro, mi amigo, muy oscuro", habían agregado todavía los jóvenes, refiriéndose siempre a Bukowski, antes de reanudar su marcha por las desiertas calles de Santiago. Pensaban quizás en la célebre entrevista donde su autor preferido confesó que lo que más le gustaba en la vida era rascarse los sobacos.

Como se comprenderá, mi compañero de colegio, una vez concluida su historia, esperó una explicación acerca de cómo podía yo interesarme en la misma literatura que atraía a los jóvenes marginales de su relato.

Tal como me ocurre casi siempre en situaciones semejantes, no supe de inmediato qué contestar, y sólo días más tarde atiné a pensar que las columnas que escribo para este diario son muchas veces una manera de dar algún tipo de respuesta a preguntas como esas.

CP MURRIN 26-111-1008 PA3

Bukowski en Santiago [artículo] Agustín Squella.

Libros y documentos

AUTORÍA

Squella, Agustín, 1944-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Bukowski en Santiago [artículo] Agustín Squella.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)